

Por la fe...

Una aproximación al Antiguo
Testamento bajo la guía del
Espíritu Santo

SUFRIMIENTOS DE LA FE

por Antoni Mendoza i Miralles

31

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2003

Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (España)

correo-e: ecb.edicions@wanadoo.es

Maquetación: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya (España)

«Las mujeres recibieron sus muertos por resurrección; unos fueron estirados, no aceptando el rescate, para ganar mejor resurrección; otros experimentaron vituperios y azotes; y a más de esto prisiones y cárceles; fueron apedreados, aserrados, tentados, muertos a cuchillo; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno; perdidos por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra» (Hebreos 11:35-38).

Dios no podía concluir este capítulo sin las puntualizaciones que encontramos en estos versículos. Puntualizaciones que hablan de sufrimientos, de diferentes tipos de sufrimientos físicos que experimentaron los fieles de la antigüedad; porque en el sufrimiento también ha de estar presente la fe. Estas palabras habían de ser de mucha ayuda para todos los cristianos que sufrieron por la fe a través de la historia, sin ver muchas veces resultados externos de su trabajo, o muy pocos. Los mártires de la Iglesia de Cristo encuentran ejemplos a seguir en los mártires de Israel, aquellas mujeres y hombres que sufrieron, muchos incluso murieron, por ser fieles a su santa Palabra. El mártir por la fe, con la fe evidenciada en el martirio, no es un hecho exclusivo de la dispensación de la gracia, y Dios quiere que lo recordemos, para que en los santos ejemplos del pasado aprendamos qué es eso de sufrir como cristianos (1Pe 4:16).

Las mujeres...

Los comentaristas presentan como ejemplos de esta afirmación a la viuda de Sarepta y a la sulamita. En el primero de estos hechos participó Elías, y en el segundo, Eliseo.

El primer relato, el de la muerte y resurrección del hijo de la viuda de Sarepta, lo encontramos en el capítulo diecisiete del Primer libro de los Reyes (1Re 17:17-23). En él se describe la muerte del hijo de aquella viuda que aceptó compartir lo poco que tenía con el profeta de Dios, Elías, y lo alojó en su casa. Elías, después de escuchar el clamor de dolor de aquella pobre mujer, le pidió el cuerpo muerto de su hijo. Ella traspasó de sus brazos a los brazos del profeta el cuerpo frío de la criatura sin decir palabra. Fue un acto de fe en medio del dolor, en medio del sufrimiento. El hombre de Dios le había pedido su hijo, y algo especial tenía que suceder; tal vez el Dios de Elías tendría mise-

ricordia de ella y devolvería la vida al niño. Y Dios actuó en gracia hacia aquella mujer, en respuesta a la entrega de fe del cuerpo muerto de su hijo, y le devolvió la vida al niño. Este milagro, la resurrección de aquel niño muerto, acreditó a los ojos de aquella mujer nuevamente que Elías era un hombre de Dios, un profeta fiel del Dios verdadero.

El segundo relato es el de la muerte de otro niño, esta vez era el hijo de una mujer acomodada de Sunem, que había recibido a Eliseo y había mandado hacer una habitación especial para él en su casa, donde el profeta de Dios pudiese retirarse siempre que quisiera. La descripción la encontramos en el capítulo cuatro del Segundo libro de los Reyes (2Re 4:8-37). Ella también clamó al profeta de Dios, esperando recibir la gracia de ver volver a su hijo a la vida, como la viuda de Sarepta. Fue a buscar a Eliseo y no lo dejó hasta que aceptó volver con ella a Sunem. Tenía fe en el Dios de Eliseo, y en que Dios podía devolverle la vida a su hijo por medio de su profeta. Y la fe obtuvo respuesta, y la respuesta fue ver como su hijo volvía a la vida.

Ambas mujeres debieron mostrar su fe en medio del sufrimiento, del dolor de ver como sus hijos morían. Habían de mostrar una fe que iba más allá de la muerte. Una, la viuda de Sarepta, con su hijo perdió todo lo que tenía. La otra, la mujer de Sunem, perdió lo más valioso que Dios le había dado a ella y su marido. Por la fe... ambas mujeres recobraron por resurrección sus muertos.

Otros...

Pero no todas las situaciones son iguales. Aquellas dos mujeres pudieron recuperar por resurrección a sus muertos, pero otros, a los que se refieren estas palabras, hubieron de contemplar la resurrección como un hecho muy lejano en el tiempo, mientras mantenían su fe en Dios y su Palabra en medio del sufrimiento.

La resurrección de aquellos de los que el escritor habla aquí no

es la vuelta a la vida por un breve tiempo, como la que experimentaron los dos chicos de la sección anterior, es la resurrección de vida que esperamos los creyentes. Les prometieron librarlos de la muerte si aceptaban ciertas condiciones, condiciones que implicaban la negación del Señor, pero de ninguna manera aceptaron ese pacto, esa claudicación: tenían los ojos puestos en la resurrección de los redimidos.

Tuvieron que enfrentar la tortura, hasta la muerte. Y en relación a ello recogemos las palabras de Morrison, citadas por MacDonald en su comentario: “De modo que esto es también un resultado de la fe, no que traiga liberación a alguien, sino que a veces, cuando se le ofrece liberación, le da fuerzas para rehusarla. Hay ocasiones en las que la fe se muestra en tomar. Hay ocasiones en las que se da testimonio al rehusar. Hay una liberación que la fe abraza. Hay una liberación que la fe rehusa. Fueron torturados, no aceptando liberación -esto fue el signo y la señal de que era fieles-. Hay ocasiones en las que la más poderosa prueba de la fe es el presto rechazo de lo más cómodo” [MACDONALD, WILLIAM (1995). *Comentario al Nuevo Testamento*. Terrassa: Clie, p. 1198].

Los comentaristas relacionan estas palabras con los sufrimientos de Eleazar y aquellos siete hermanos con su madre, que se describe en los capítulos 6 y 7 del Segundo libro de los Macabeos, un libro apócrifo sin ninguna pretensión de ser inspirado (2Macabeos 15:36-39), pero que contiene una serie de acontecimientos históricos que sucedieron en la época de los Macabeos. Es espeluznante la lectura de este relato histórico, que presenta el ejemplo de nueve personas (hombres y mujeres, ancianos y jóvenes) que “ *fueron estirados, no aceptando el rescate, para ganar mejor resurrección*”.

Y otros...

Las referencias anteriores no agotan los sufrimientos por la fe que tuvieron que afrontar los santos del Antiguo Testamento. Los versículos que van del treinta y seis al treinta y ocho presentan un amplio abanico, que incluye a muchos creyentes, algunos conocidos y otros desconocidos.

Un apartado incluye a todos aquellos que “*experimentaron vituperios y azotes; y a más de esto prisiones y cárceles*”. Entre ellos podemos encontrar a Jeremías (Jer 20:1-6; 37:15), y también a José (Ge 39), que vivió una experiencia parecida. Seguramente Pablo, el escritor de estas palabras, las registró después de recordar los ejemplos del Antiguo Testamento que le ayudaron a enfrentar circunstancias parecidas a lo largo de su vida y ministerio (2Co 11:23-25).

Otro es el de aquellos que “*fueron apedreados*”. Zacarías, el hijo de Joiada, murió de esta manera (2Cr 24:19-22), hecho que Jesús recordó a los escribas y fariseos (Lc 11:51). También hay una tradición que dice que el profeta Jeremías murió apedreado. ¿Estaría Esteban pensando en él cuando estaba a punto de morir apedreado, mientras recordaba la muerte de los profetas en manos del pueblo? La acusación contra los que lo querían matar por predicar que Jesús era el Cristo, bien podía ser un recuerdo consolador y ejemplificatorio para aquel creyente que estaba a punto de sufrir la misma muerte por ser fiel a Dios, evidenciando también su fe en el Señor y en su Palabra.

Otro, el de los “*aserrados*”. La tradición recoge que el profeta Isaías murió de esta manera en manos del malvado rey Manasés, aunque no tenemos ningún testimonio bíblico al respecto.

Otro, el de los “*tentados*”. Un comentarista dice: “por sus enemigos en medio de sus torturas, a renunciar de su fe; la más amarga aflicción para ellos. O si no, por los de su propia casa, como lo

fue Job [Estilo]; o por los dardos de fuego de Satanás, como Jesús en sus últimas tentaciones [Galasio]. Probablemente se incluía los tres modos de tentación: eran tentados en toda manera posible, por amigos y enemigos, por medios humanos y satánicos, por caricias y aflicciones, por palabras y por hechos, a rechazar a Dios; pero todo en vano, por el poder de la fe” » [JAMIESON, R.; FAUSSET, A.; BROWN, D. (1979). *Comentario exegético y explicativo de la Biblia. Tomo II: El Nuevo Testamento*. Casa Bautista de Publicaciones, p. 656].

Otro, el de los “*muertos a cuchillo*”. Un caso particular lo encontramos en el profeta Urías, que fue muerto por Joacim (Jer 26:20-23). Y un caso más general lo encontramos en todos los profetas que fueron muertos por Acab en la época del profeta Elías (1Re 19:10).

Y para finalizar, el de los que “*anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados... perdidos por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra*”. Únicamente presentaremos dos ejemplos, el centenar de profetas que Abdías escondió en dos cuevas, cuando Jezabel los quería matar (1Re 18:4, 13). Y el otro, el mismo Elías, cuando se escondió en una roca en la montaña (1Re 19:13).

«...de los cuales el mundo no era digno»

Esta es la conclusión divina, que es la opinión que cuenta, y bajo la que hemos de evaluar nuestra vida y la de los demás. Los que sufrieron por la fe han sido hombres y mujeres de gran dignidad para Dios, de una dignidad que no se puede conseguir con esfuerzos humanos ni la puede conceder ninguna autoridad de este mundo. Pero eso no era lo que creía la gente con la que vivieron, ni fue la manera en que los trataron.

Ahora habla Dios, y revela la indignidad de las generaciones

contemporáneas a aquellos hombres y mujeres de fe. Dios les había concedido el privilegio de tenerlos y beneficiarse de su ministerio, un privilegio que no merecían, y que tampoco reconocieron como tal. En lugar de eso, los consideraron gente menospreciable, miserables, y en ocasiones molesta. Fueron sus escarnecedores, sus torturadores, sus opresores, sus asesinos, o, al menos, los que toleraron todo eso. Gracias a Dios, hubieron honrosas excepciones, pero como evaluación general Dios no pudo decir otra cosa que “el mundo no era digno de ellos”.

Dios dignifica a sus servidores. Dios dignifica las muestras de fe en él y su Palabra. Y, a la vez, humilla a aquellos que buscan honra y gloria fuera de Dios.

Los sufrimientos por la fe son algo que agrada a Dios, pero no es el sufrimiento por el sufrimiento, algo que no está de acuerdo con su voluntad; es el sufrimiento por querer vivir buscando aquello que es agradable al Señor, buscando vidas fieles a él, confiando completamente en aquello que Dios es y dice. Según el mundo ellos fracasaron, pero, según Dios, ellos triunfaron.

Edicions Cristianes Bíbliques